

DOCUMENTO

VIAJE A CABALLO POR EL TERRITORIO NACIONAL POR UN ENVIADO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS EN 1846

EN RESPUESTA A REITERADAS Y URGENTES solicitudes del Gobierno de la República de Santo Domingo para que el Gobierno de los Estados Unidos lo reconociera y le diera protección contra los ataques de sus vecinos, la República de Haytí, en la primavera de 1846 el Gabinete del Presidente Polk resolvió enviar a un agente que debería informar sobre las condiciones sociales, industriales y políticas de la República Dominicana, sus fuerzas navales y militares y el valor real de ciertos privilegios que los dominicanos estaban dispuestos a conceder al Gobierno y a los ciudadanos de los Estados Unidos. Esta honrosa misión me fue encomendada a mí, y en abril salí de Pensacola, Estados Unidos, a bordo del bergantín americano "Porpoise". El 6 de mayo echamos ancla frente a la antigua ciudad de Santo Domingo. El comandante del "Porpoise," Teniente Hunt, disparó los cañones en honor a la bandera dominicana, y pronto después subió a bordo un oficial del castillo, muy mal vestido, a pedir prestada la pólvora que se necesitaba para contestar el saludo.

Sólo unos pocos años antes, Santo Domingo había sido visitada por el Sr. Hogan, quien, al igual que yo, había sido enviado para hacer un informe sobre el estado en que se hallaba el país, y al Presidente Santana le había sorprendido que nuestro Gobierno hubiese mandado ahora a otro comisionado con el mismo propósito. Sin embargo, su Excelencia prometió darme todas las facilidades para

*Este documento fue publicado en 1874 en *The North American Review* con el título "Misiones Secretas a Santo Domingo".

viajar en la isla y dijo que lamentaba mucho que su Gobierno no estuviera en condiciones de sufragar los gastos de mi misión “pues”, dijo, “no tenemos dinero”.

En verdad las finanzas dominicanas estaban en una condición deplorable. El poco dinero que había en el país estaba en manos de judíos. El dinero consistía en monedas de cobre y billetes de papel, y veinte pesos en papel equivalían a un dólar plata. Siempre que el Gobierno quería pagar sus deudas aumentaba el precio de las monedas de cobre. Inmediatamente después el valor del cobre volvía a caer y el del papel moneda aumentaba. Los especuladores que estaban al tanto de los secretos del Tesoro hacían dinero con ambas operaciones, pero la masa del pueblo siempre sufría. En todas partes se veían las evidencias de la abyecta miseria a la que estaba reducido el pueblo; su otrora floreciente comercio había sido reducido a la nada; la educación era una farsa; y hasta los ritos de su religión habían caído en el abandono.

Para mi proyectada expedición se necesitaban caballos, pero a pesar de todos los esfuerzos que hice, sólo pude conseguir cinco tristes bestias que no tenían más de 48 pulgadas de alto* —en realidad no mucho más grandes que un mastin de buen tamaño. El precio que pagué por estos animales fue, en apariencia, exorbitantemente alto —doscientos veinticinco dólares por todos— y la transacción me recordó aquellas viejas historias que contaban nuestros abuelos que iban al mercado con una canasta llena de dinero continental. En uno de mis caballos llevaba la carga de dinero con la que pagaría mis gastos diarios. Tenía miles de dólares en billetes de a dólar, cada uno del tamaño de un billete comercial de papel. Pero esta enorme suma, cuando se reducía a su valor real, alcanzaba sólo a setecientos veinticinco dólares españoles, que, sin embargo, encontré ser una suma excesiva para mis necesidades: y esto me posibilitaba gozar de los lujos que ofrecían las posadas por las que pasé en mi recorrido —guineos, yames, gengibre, te, y ocasionalmente, un huevo.

Un relato pormenorizado de mis peregrinaciones en la República Dominicana puede ser instructivo, pero algunos de los cómicos incidentes que me ocurrieron necesitarían del humor de un Mark Twain para hacerles justicia; sin embargo, el espacio es limitado y sólo puedo ocuparme de generalidades.

*Parece un error, la copia de donde fue sacado este documento dice pulgadas

Por sus aspectos históricos, la ciudad de Santo Domingo es una de las más interesantes del Nuevo Mundo, e Irving y otros escritores le han impartido a esta ciudad y a sus alrededores un aire de romanticismo. Pero para quienes la ven en su condición actual, este romanticismo se desvanece, a menos que sus facultades imaginativas estén fuertemente desarrolladas.

La gran catedral, empezada en 1514 por Diego Colón, y en la que una vez reposaron las cenizas del gran navegante, aún está en pie, además de otras diez o doce iglesias y capillas; y las ruinas del Colegio de los Jesuitas, del palacio de Diego Colón, y del convento de San Francisco, dan testimonio hoy en día de su antigua grandeza.

Las murallas exteriores de la ciudad constituyen un buen exponente de la ingeniería española, aunque han sido abandonadas a la ruina, y la parte que daba al mar, que una vez imponía respeto, debe haber resistido el desafío de muchas escuadras enemigas, aunque no pudo soportar el ataque de Drake, quien casi la destruyó en 1586.

Las casas buenas son pocas y alejadas unas de otras, las calles están mal pavimentadas y son inseguras de noche, y la gente, sumida en la pobreza, es interesante sólo por la humildad con la que soportan estas desgracias. Es todo lo que puede decirse sobre la ciudad hoy en día.

El puerto del Osima (Ozama), que una vez fuera emporio de un importante comercio con España, ahora no tiene suficiente calado para permitir la entrada de buques de guerra y sólo es accesible para barcos mercantes muy pequeños.

Antes de abandonar la ciudad hacia el interior, recibí la siguiente comunicación del Secretario de Estado dominicano, quien hizo todo lo que estuvo a su alcance para facilitar mis investigaciones:

Santo Domingo, 14 de mayo de 1846.

Distinguido Señor:

He recibido su nota del 14 de los corrientes en la que Ud. solicita un pasaporte para viajar por el interior de nuestra república...

Mi gobierno no sólo ha dispuesto concederle el pasaporte que

Ud. ha solicitado, sino que también me ha encargado que le facilite todo lo que Ud. considere necesario para el éxito de su empresa; y para este fin le ofrecemos un guía para que lo acompañe...

Como uno de los objetivos de su gobierno es informarse sobre la disposición de nuestro gobierno y pueblo con respecto al mantenimiento de relaciones amistosas y de comercio entre los dos países, el infrascrito está autorizado para informarle que, en vista de que este gobierno no tiene otro deseo que lograr el avance del país por el camino de la civilización, no escatimará esfuerzo compatible con el honor nacional para obtener las relaciones más estrechas con todos los pueblos civilizados, y sobre todo con aquellos que, por su posición física y sus instituciones políticas, están obviamente destinados a formar una sola familia; y en relación con nuestro pueblo Ud. podía juzgar por sus propias observación sus buenos sentimientos y su moralidad.

Que Dios le guarde por muchos años!

firmado:

Ricardo Miura.

A: D.D. Porter. Comisionado del Gobierno de los Estados Unidos.

El 15 de mayo de 1846 abandoné la histórica ciudad de Santo Domingo acompañado de un funcionario del gobierno como guía, hasta el poblado de Azua, y con un arriero para que se encargara de mis animales, y con la perspectiva de no tener noticias de mi gente hasta que llegara a Puerto Plata, que está en el norte de la isla, donde el "Porpoise" debía arribar para recogerme dentro de un mes en caso de que no la abordara antes en la Bahía de Samaná.

En la ciudad se publicaba una especie de periodiquito pero no había correo que lo distribuyera en el país y por lo tanto no tenía posibilidades de edificarme mucho por medio de la prensa, cuyo lema hubiera bien podido ser, "Aquí nadie escribe porque nadie lee, y nadie lee porque nadie escribe". De hecho, para todos fines y propósitos, penetraba yo en una región desconocida, donde nada del mundo exterior podía alcanzarme aún en las escalas que hacía en mi ruta.

Una vez pasadas las murallas de la ciudad, me interné en un país montaraz e incultivado, en el que se veían de tanto en tanto, las ruinas de otrora florecientes haciendas que atestiguaban la riqueza y

magnificencia de los antiguos hidalgos. Aquí, los continuadores de Colón y sus descendientes había vivido en el lujo y la abundancia, pero ahora no hay nada que indique el sitio en que se hallaban sus espléndidas viviendas; no quedan más que deformes montones de piedras.

A pocas millas de la ciudad cruzamos los ríos Hayna y Nigua, dos pequeñas vías fluviales. En uno vimos a dos muchachos mulatos lavando oro. Esta fue la única señal de vida visible en todos los alrededores. Lo que habían recogido en el día valía quizás unos veinticinco centavos, pero era "oro", y para ellos esto era de mucha importancia, pues esta raza española mezclada parecía haber heredado la manía de los metales preciosos de sus progenitores castellanos.

A lo largo de las riberas de estos ríos revoloteaban cantidades de pájaros de plumaje bellissimo, y muchísimas aves silvestres nadaban tan cerca de nuestros caballos al vadear nosotros estos ríos que yo hubiera podido matarlos con mi pistola, pues como los nativos no tienen armas de fuego no las molestan, y por consiguiente, estas aves que son de todos los tipos, son muy mansas.

La naturaleza ofrecía yames y guineos; cada familia tiene unos cuantos cerdos, una o dos cabras le dan la leche, los árboles de pan de fruta les dan su sombra y sus frutos, y las flores del árbol de lana les da el material para hacer sus colchones. La gente es limpia en su persona y cortés en sus modales, y con hipérbole española "ponían todo cuanto tenían en el mundo a nuestra disposición"; pero los hechos no coincidían en realidad con esta profesión de desprendimiento.

Hacia el anochecer llegamos a San Cristobal, a unas veinticinco millas de Santo Domingo. Cabalgué hasta el cuartel del oficial comandante de las tropas del distrito, un viejo negro, a quien entregué mi carta circular de presentación que me diera el Presidente Santana. El General escudriñó el documento muy meticulosamente, examinó el sello unas doce veces, y finalmente llamó a gritos a su secretario, Don José Brune, quien llegó apresuradamente llevando muy poca ropa debido al clima, seguido de un regimiento de seis soldados y el centinela que estaba de guardia.

Todo el comando se afanaba en vano por decifrar la carta, y después de una hora el documento fue a parar a la badana del centinela, mientras el General desapareció a tomar la siesta.

Tomé la habitación delantera y pronto me dormí en mi hamaca, observado de cerca por el centinela, que, sin duda alguna, estaba haciendo su primer servicio en mucho tiempo.

Mi llegada, sin duda, era un inconveniente para el viejo general, porque interfería con el juicio de una demanda que él le había arrebatado al alcalde. El objeto del litigio era la incursión en predio ajeno de un pobre burro, y por lo que observé de la forma en que las autoridades militares hacen justicia, concluí que Coke* y sus precedentes serían considerados superfluos en esta parte del mundo.

A la mañana siguiente al romper el alba, me fui a visitar las minas de San Cristóbal, a veintiséis millas de la población. Después de cabalgar incesantemente durante cinco horas llegamos a un paraje llamado Tablaso, donde los nativos me recibieron hospitalariamente. Imprudentemente me interné en el bosque y fui atacado por cinco perros, y me maltrataron de tal manera que no pude reanudar mi viaje sino después de tres días. Siguiendo sus prácticas médicas, las gentes me curaron las heridas cubriéndomelas con hojas y raíces.

Estos perros constituyen unos de los principales medios de vida para los nativos del interior de Santo Domingo, quienes dependen en gran parte de la carne de jabalíes cimarrones. Yo presencié una caza de jabalí cerca de Tablaso en la que cuarenta perros dominaron a un enorme jabalí que tenía colmillos afilados como cuchillos. El animal chillaba fuertemente como lo hacen los demás animales de la familia de los porcinos, y yo sabía por experiencia propia cómo se sentía la infeliz bestia.

Nos tomó cinco horas de rudo viaje llegar a la mina de San Cristóbal. Esta fue la única mina de cobre que visité mientras estuve en la isla aunque pasé cerca de varias otras minas de importancia. Todas estas minas son consideradas de gran valor. La de San Cristóbal tiene vetas del metal de considerable extensión, y un espesor de siete a catorce pies, y que producen de un treinta a un cuarenta por ciento de cobre puro. Se asegura que en el cobre se ha hallado oro en cantidad suficiente para pagar la explotación de las minas. La única forma de transportar el producto a Santo Domingo (veinticinco millas de distancia) es llevándolo en serones cargados por mulos.

La mina de cobre de la montaña de Maimón tiene fama de ser la

*Sir Edward Coke, jurista inglés. 1552-1634.

mejor de las Antillas, cuyo material en bruto da de un cuarenta a un ochenta por ciento de cobre puro, y hay muchas otras minas de este metal consideradas como muy buenas; de hecho, la isla está llena de minerales.

No fue sin pena que me despedí del pequeño valle de Tablaso, y, después de un viaje de once horas a través de una región abrasada por el sol pero fértil, llegué a Baní, que está a unas cincuenticinco millas de distancia. Por lo que pude observar, la población de este distrito perteneciente a San Cristóbal, debía de tener unas 7,000 almas, de las cuales 3,960 son mujeres. Un tercio de la población puede pasar por blanca, una proporción un poco mayor, es mulata, y el resto está constituido por negros del tipo más pronunciado, quienes todas las autoridades del país consideraban ser cualquier cosa menos una bendición para el mismo.

Algunos de los llamados blancos eran dueños de vastas propiedades que se extendían desde la costa sur hasta el río Yuna, y que incluían tierras de rico aluvión, cubiertas de los mejores árboles madereros de los Trópicos, y también incluían tierras mineras. Esta tierra podía haber sido adquirida a un precio promedio de un centavo por acre, y resultaba ser cara si consideramos que la misma estaba constantemente sometida a las hostiles incursiones de los negros de la parte occidental de la isla.

El camino por el cual iba yo pasando en esos momentos había sido trillado hacía poco por un ejército dominicano que consumió casi todo comestible en su ruta, de modo que comenzamos a sufrir penuria por la falta de alimentos; aunque podíamos obtener agua y, ocasionalmente, unos pocos plátanos, de modo que pudimos combatir el hambre hasta que llegamos a Azua, el 24 de mayo, después de seis días del viaje más arduo que he experimentado.

En el camino pasamos por varios poblados agradables: Baní, con unos cien habitantes; Paya, con trescientos; y en varias ocasiones cruzamos el hermoso río Nisao. Todo este país es famoso por sus maderas de tinte, y su caoba es la mejor del mundo; pero cantidades de estos valiosos productos se están perdiendo por falta de medios para transportarlos a la costa.

Al llegar a Azua lo primero que hicimos fue buscar algo de comer, lo segundo, comprar nuevos caballos, pues los nuestros estaban exhaustos por no haber sido cuidados debidamente por mi

inservible arriero mulato, quien se merecía una buena tunda que hubiera recibido de mis propias manos si no hubiera sido porque tal proceder no se avenía a la dignidad de un comisionado de los Estados Unidos..

La villa de Azua está hermosamente situada en una ensenada de la gran bahía de Neiba que podría dar cabida a las escuadras navales de todo el mundo. Aquí se lleva a cabo un gran comercio de caoba, y la región circundante tiene muchas buenas plantaciones que producen caña de azúcar, plátanos, etc.

Desde Azua viajé hacia el Oeste durante varios días pero en vista de que mis nativos se estaban rajando ante las dificultades del camino, regresé sobre mis pasos y tomé la ruta a través de Azua hacia las montañas del Maniel que se levantan hasta a 2,000 pies sobre el mar, y que eran supuestamente impenetrables a caballo. Hice toda la marcha a través de estas montañas a pie, abriéndome paso literalmente pues a veces los caballos tuvieron que ser izados sobre declives. Si existían caminos nuestro guías no nos los mostraron porque los dominicanos consideran la sierra del Maniel como su Gibraltar en caso de que fueren vencidos en todos los demás lugares por los haitianos. En verdad, un Leonidas no necesitaría más de sus trescientos hombres para defenderse en estas montañas contra un poderoso ejército, Una vez quinientos haitianos trataron de abrirse paso por esta ruta, y fueron aniquilados casi totalmente.

La villa del Maniel está situada en una fértil meseta de muchos miles de acres, en la que se produce todo artículo de comercio que pueda hallarse en la isla, y a causa de su elevación sobre el nivel del mar, goza de un delicioso clima, con una temperatura promedio en el mes de mayo de 75 grados Fahrenheit al medio día, y no pasa de 60 grados durante la noche. Aquí la gente vivía en perfecto confort y en un grado de civilización tan alto como se podría encontrar en el interior de cualquiera isla de las Antillas, o como podría esperarse en un lugar donde la educación es casi inexistente.

Después de pasar tres días en este apartado lugar, el 30 de mayo empecé a subir y a subir por las Lomas de Los Quemados. Nunca olvidaré esta ardua y difícil jornada sobre estas montañas, una hazaña rara vez intentada por un hombre blanco, y temida hasta por los nativos más rudos. Completé el viaje en tres días, cruzando el río Banilejo que es de aguas violentas, unas cincuentiséis veces bajo una fuerte lluvia. Mis caballos pasaron aguas profundas unas doce veces, y

en una ocasión fuimos arrastrados hasta los rápidos teniendo que nadar ferozmente para salvar la vida. El lecho del río era el único camino, y a menudo tuvimos que cruzar de un lado a otro para evitar las aguas profundas y para encontrar lugares donde los caballos dieran pie. Así es como se viaja en Santo Domingo.

Mis vales de compra se mojaron mucho, al igual que todo lo demás, así que me detuve en una choza desierta en el bosque y los extendí para que se secaran ante el asombro de miles de cotorras, que revoloteaban y parecían atónitos ante tanta riqueza.

La región por la que ahora atravesaba con dificultad era una "terra incognita" tal como lo había sido hace tres siglos. El nativo que es obligado a abrirse paso por esta tierra agreste se alegra de despedirse de estos sombríos bosques una vez que los deja atrás, y ni se toma la molestia de volver la cara para observar la riqueza que en ellos hay. Sin embargo, la riqueza de estas montañas es ilimitada, la fertilidad de los valles es inigualable, y miles de personas podrían aquí disfrutar de un bienestar desconocido para una gran porción de la humanidad. Las naranjas, los plátanos, los guineos, el café, el cacao, todo crece silvestre. El arbusto del algodón, que produce el algodón tipo Nanking, tan preciado en China, se halla frecuentemente por estos lugares. Hay más de cuarenta tipos de árboles madereros que sirven para hacer muebles y trabajos de carpintería, y el carbón mineral brota en varios puntos de las laderas de las montañas. Lo único que se necesita es la energía y el espíritu industrial de América.

Sería tedioso relatar todas las dificultades y peligros que pasé en las montañas, pero finalmente llegué al valle del río Maimón avanzada la noche, y me aposenté en una choza habitada por catorce negros quienes me dieron un lugar donde colgar mi hamaca.

Al despertar al día siguiente, supe horrorizado, que había dormido en una choza habitada por leprosos, y aunque no había comido nada sustancioso durante veinticuatro horas, salí presuroso de la cabaña, y gritándole a mi arriero que me siguiera con los animales. Crucé el río a nado en mi afán de alejarme lo más pronto posible de la temible enfermedad.

Después de haber recorrido diez millas, uno de los negros de quienes tan poco ceremoniosamente me había alejado, me dio alcance para traerme mi reloj de oro, que en mi presurosa partida

había dejado colgado en un clavo en la choza; lo que prueba que un hombre puede ser leproso y sin embargo, ser honesto.

Al día siguiente, después de un arduo viaje, llegué a las minas de oro de Maimón, para examinar las cuales me había apartado bastante de mi ruta.

No ví evidencia alguna de que estas minas hubiesen sido explotadas excepto por unas excavaciones hechas en las laderas de las montañas cuya profundidad en ningún caso excedía a diez pies y en una extensión no mayor de veinte pies. No había taladros enterrados ni maquinaria, y no pude averiguar nada allí mismo sobre la antigua producción o sobre la historia de la mina, aunque había informes maravillosos sobre la cantidad de material que se había sacado de allí: *cuándo?* nadie pudo decirme.

No había duda de que en las primeras colonias de la isla los españoles extrajeron una cantidad considerable de oro de estas minas obligando a los pobres indios a servirles y haciéndolos trabajar hasta matarlos. El trabajo debió haber sido de la forma más cruda —mera excavación en la superficie— sin embargo hay informes según los cuales, se enviaron a Europa, pepitas de material aurífero, una conteniendo \$3,600 de oro, y otra \$4,280, además de muchas otras partidas más pequeñas. Se asegura que durante la administración de los españoles la producción de oro en dos minas del departamento de Buenaventura llegó a alcanzar a la suma de \$1,150,000 anuales; pero sin duda, las minas de Santo Domingo nunca han sido trabajadas adecuadamente, y producirían más con una explotación sistemática y científica que lo que producían los españoles con sus métodos crudos y desperdiciadores. De las otras minas de oro de la isla no puedo informar. Varios historiadores las mencionan, y Charlevoix particularmente, declara que en varios distritos de la isla abundan el oro y la plata, y de hecho, minerales de todas clases, lo cual es cierto a juzgar por la formación geológica del país.

He visto cantidades de carbón mineral brotando del suelo, y minas de hierro suficientes para abastecer a todas las Antillas si éstas pudieran hacerse accesibles.

En la casa del dueño de las minas de oro, quien además es propietario de grandes fincas situadas a lo largo del río Maimón que tienen grandes cantidades de cabezas de ganado y poseen todas las comodidades para una vida agradable, tuve mi primer comida

sustanciosa desde que abandoné la ciudad de Santo Domingo. Después de disfrutar de su hospitalidad, continué mi viaje a lo largo del río Maimón hasta que me alejé de sus riberas para tomar el camino hacia Cotuy, pasando por una de las regiones más hermosas que he visto, y llegué hasta el río Yuna que desemboca en la Bahía de Samaná después de innumerables serpenteos a través de ricos valles, incluyendo el distrito de La Vega, conocido por los españoles como el jardín de la isla. Con poco trabajo se podrían eliminar los obstáculos que obstruyen las aguas de este río de modo que embarcaciones de poco calado pudieran transportar hasta el mar las inmensas cantidades de café, azúcar, algodón, caoba, cobre, etc., que produce la región, y en el Golfo de Samaná pudiera florecer una ciudad como cualquiera otra de las Indias Occidentales.

Estuve vagando por las riberas de este hermoso río lo más que pude, colgando mi hamaca de noche debajo de los enormes árboles de mango y echándome a dormir al arrullo de las aguas rumorosas. Las riberas del Yuna están repletas de plantas de flores que volverían loco de placer a cualquier botánico, mientras bandadas de periquitos, con sus alegres chirridos, ayudan a disipar el peso de la soledad.

Puede afirmarse que las enfermedades se desconocen en esta parte del país pues los aires que vienen de las montañas parecen traer salud en sus alas. ¡Qué clima para traer a nuestros inválidos!

Se veían frecuentemente manadas de ganado vacuno en los bajíos. Cientos de guineas blancas volaban sobre nuestras cabezas produciendo un ruido que parecía un huracán, y al alejarse por los cielos, parecían copos de nieve arrastrados por el viento. He visto por lo menos a mil de estas aves comiendo juntas en donde comienza el bosque.

Una noche colgué mi hamaca en una escuela en Cotuy, recibiendo la hospitalidad de un maestro —que no tenía alumnos— y aunque las facilidades de hospedaje eran de la naturaleza más tosca, el lugar me pareció encantador después de lo que yo había pasado, un viaje de sesenta millas sobre el lomo de mi pobre caballo.

Al día siguiente me despertó un tumulto fuera de mi albergue, y saltando de la hamaca, me encontré ante un tropel de ciudadanos encabezados por el cura, quien me acusaba de ser un espía y exigía que le mostrara mis pasaportes. Pronto desvanecí las sospechas de esta buena gente con un discurso dicho en mi mejor castellano, y mi

elocuencia les gustó tanto que me obsequiaron yames y guineos, y cuando me marché, me escoltaron hasta una cierta distancia del poblado. De hecho, en todas partes cuando la gente se informaba de mi posición oficial y del propósito de mi visita, me trataba con la mayor consideración y complacencia.

No debe pensarse que seguí el curso de carreteras en mis viajes. Siempre comenzaba mis jornadas a las 4 a.m. y generalmente avanzaba a un promedio de una milla y media por hora viajando hasta las 4 p.m.; pero después de un largo trayecto y de tomar una hora de descanso y algún refrigerio, con frecuencia tomaba un caballo fresco y recorría el país por varias millas, guiado por los nativos, quienes estaban ansiosos por enseñarme todo, hasta que la proximidad de la noche me hacía recordar que debía volver sobre mis pasos. Fueron pocas las ciudades y pueblos de la República Dominicana que en mis recorridos no llegué a visitar, e hice un censo de todos los poblados por los que pasé.

Desde Cotuy me dirigí al hermoso distrito de La Vega, tan gráficamente descrito por Irving como la tierra del Cacique Guarionex, quien vivía aquí con su tribu en una tierra de sinigual fertilidad de la que ellos derivaban sus tesoros, mientras los cegatos aventureros españoles, sin interesarse en toda esta riqueza más que en los metales preciosos, desperdiciaban la vida en busca de ricos lavaderos de oro en los ríos mientras pasaban hambre en medio de aquella abundancia.

Mientras viajaba hacia el Golfo de Samaná a veces seguía el curso del río Yuna, y a veces cruzaba cadenas de colinas de unos setecientos a ochocientos pies de elevación, cuyas laderas daban a hermosos valles bañados por los tributarios del Yuna. Ese río, cuando se acerca al Golfo de Samaná, se convierte en una vía fluvial bastante respetable, navegable para algunas embarcaciones hasta buena distancia hacia el interior.

Antes de llegar a avistar el Golfo de Samaná, dos de mis caballos habían muerto exhaustos y los restantes estaban completamente inservibles. En cuanto a mí, el nadar en corrientes rápidas, internarme en los bosques, caer entre rocas, etc., habían dejado sus huellas. Mi ropa se había convertido en harapos, y mis miembros estaban hinchados que me dolían constantemente, y tuve que envolverme los pies en pieles sin curtir como hacen los nativos.

Era absolutamente necesario desandar nuestra ruta, y después de

un difícil viaje llegué al pobladito de Macorís. De allí, después de conseguir nuevos caballos, avancé hasta Santiago, una linda población de unos cinco mil habitantes a ochenta millas de Puerto Plata. Desde Santiago recorrí más de doscientas millas a diferentes puntos del distrito de La Vega. Habiendo terminado este viaje de reconocimiento, consideré que había cumplido con el objetivo de mi misión y que había examinado el país.

Al tercer día de mi llegada a Santiago cayó en mis manos un número del "Galignani Messenger" y en él leí que los Estados Unidos y México habían abierto hostilidades y también me enteré de la muerte de mi hermano a quien mataron mientras buscaba el cadáver del Coronel Cross.

Compré el mejor caballo que pude conseguir y al día siguiente salí para Puerto Plata que está a ochenta millas de distancia, las que recorrí en dieciocho horas, parando solamente dos veces en el camino para descansar yo y los caballos.

• Llegué a Puerto Plata el 13 de junio, un día después de la fecha acordada, habiendo estado constantemente sobre la silla de un caballo por los caminos más accidentados que puedan imaginarse, recorriendo un promedio de casi treinta millas diarias, iguales a ochocientas setenta millas, con doscientas cincuenta millas adicionales de desvío por lo menos.

A mi regreso a casa en el "Porpoise" desde Puerto Plata hice un informe completo en duplicado —uno para el Departamento de Estado y el otro para el Departamento de Marina— pero ambos desaparecieron del Departamento antes de estallar nuestra guerra civil en 1861.